EL JUEGO DEL AJEDREZ DEL *DEMOS* EUROPEO: HACIENDO EUROPA CON UNA ESTRATEGIA INDIRECTA DE PARTIDAS SIMULTÁNEAS

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 120(a)/2019

Research Papers

ASP
Analistas
Socio-Políticos

EL JUEGO DEL AJEDREZ DEL *DEMOS* EUROPEO: HACIENDO EUROPA CON UNA ESTRATEGIA INDIRECTA DE PARTIDAS SIMULTÁNEAS

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 120(a)/2019

Índice

1. La estrategia indirecta de construir Europa como un triunfo de la paz sobre la guerra, y sus partidas simultáneas
   1.1. El escenario de la paz y una estrategia indirecta
   1.2. Un juego de partidas simultáneas

2. Las partidas de la representación política, y el dilema de la democracia

3. Partidas socioeconómicas básicas: una senda de relativa moderación, y complejidad

4. Las formas de la política, y la civilización de los conflictos mediante la escucha mutua: los retos populistas
   4.1. Los límites de la polarización entre europeístas y nacionalistas
   4.2. Escuchando lo que los adversarios dicen, y lo que quieren decir
   4.3. Los retos populistas y la ambigüedad de los procesos históricos

Conclusión

Bibliografía

Este trabajo ha sido elaborado en el marco de la serie de “Estudios sobre Europa” patrocinados por Funcas. Es una versión revisada (con fecha de 11 de abril de 2020) del publicado en 2019.

Víctor Pérez-Díaz es Presidente de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios.

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Joaquín Pedro López Novo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional / International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences) (†) (Founding Member)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris) (†) (Founding Member)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology) (Founding Member)
Michele Salvati (Università degli Studi di Milano)

© Víctor Pérez-Díaz
Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
O en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

1. La estrategia indirecta de construir Europa como un triunfo de la paz sobre la guerra, y un juego de partidas simultáneas

1.1. El escenario de la paz y una estrategia indirecta

En los frescos de Anselmo Lorenzetti del Palazzo Communale de Siena[1] se presenta *il buon governo* bajo la forma de una danza armoniosa de personajes entrelazados, contra un paisaje de campos cultivados, de prosperidad y de calma, como el triunfo de la paz (Skinner, 2002), frente a la ruina y la violencia que acompañan al *cattivo governo.* El sueño medieval de las "ciudades de Dios" (Thompson, 2005). La ciudad mundana que acoge a la comunidad de peregrinos camino del cielo y se funde con ella. Una suerte de milagro.

¿Un sueño? Quizá. Pero es curioso que encontremos un eco *à rebours*, un eco y una respuesta a esas imágenes en la manera como Europa ha sido y es percibida hoy, desde lejos, muy lejos, y que se refleja, por ejemplo, en las palabras de un escritor indio, Karan Singh: "En nuestra juventud lo aprendimos todo sobre las guerras europeas: la Guerra de las Rosas, la Guerra de los Cien Años, la Primera y la Segunda Guerra Mundial y las Guerras Napoleónicas. El mundo entero contenía la respiración ante las guerras europeas. Cuando los europeos se convirtieron en colonizadores, sus guerras se extendieron por todo el mundo. Era la agitación dentro de Europa la que mantenía agitado al mundo, y esto durante siglos. Por ello, para nosotros resulta tan sorprendente que haya surgido la Unión Europea. Nos parece casi un milagro" (2008: 91) ¿El sueño convertido en milagro?

Hay situaciones históricas que se prestan a que, en caso de conflicto, los contendientes adopten una estrategia que busca la derrota definitiva de sus adversarios. Otras, en cambio, sugieren como más razonable una gran estrategia indirecta, a largo plazo, con la que se pretende, no simplemente conquistar una posición, ganar una batalla, culminar con éxito una campaña o incluso ganar la guerra, sino ganar la paz (Liddell Hart, 2015 [1954]). Una paz estable y duradera que, como tal, implica la incorporación de los vencidos. Justo lo que no supieron hacer, por ejemplo, los aliados victoriosos de la primera guerra mundial, ni los vencedores de las varias guerras civiles españolas de los siglos XIX y XX.

Una gran estrategia indirecta con el objetivo último de ganar la paz puede tener un agente protagonista, pero lo que tiene, sobre todo, es una pluralidad de agentes comprometidos en múltiples maniobras en diversos terrenos de operaciones: la política, la economía, la sociedad, la cultura. Y que, pensando en esa paz, se atienen a ciertas reglas de civilidad, respeto y cuidado en la manera de tratarse entre sí. En parte por benevolencia. En parte por sentido común: porque sabemos que, a la larga, todos tendremos que seguir viviendo juntos, o muy cerca unos de otros, durante mucho tiempo, y no es cosa de vivir así en condiciones de rencor, violencia y caos. Y en parte, por la nostalgia de las ciudades del *buon governo* cuyo recuerdo, de una forma u otra, no se ha perdido.

Cierto que la violencia y el caos pueden siempre amenazarnos con un retorno inesperado. Quienes vivieron la *belle époque* no esperaban despertarse con la primera guerra mundial y los totalitarismos consiguientes. Cabe, incluso, preguntarse si nos olvidamos de ese riesgo. Si hoy, a pesar de la terrible experiencia de las muchas guerras civiles europeas, del siglo XX y de los siglos anteriores, Europa ha aprendido lo suficiente. No sólo para evitar la guerra, como mal mayor, sino también para apagar el rescoldo que queda de tanta hostilidad pasada en forma de indiferencia recíproca entre

[1]Que he comentado en otro ensayo de la serie de la que este trabajo forma parte (Pérez-Díaz, 2019a, 2019b), en el marco del proyecto de Estudios sobre Europa de Funcas.

sus naciones; que puede expresarse aplicándose estereotipos banales y desdeñosos mutuamente a la primera ocasión. Indiferencia que no sugiere un espacio común de amistad, sino uno de relaciones más o menos calculadas entre extraños correctos y distantes.

Pero ¿cómo evitar el caos, o ese estado de reticencia o indiferencia? ¿Mediante una gran estrategia "decisiva"? ¿Decisiva para conquistar una colina, vencer en unas elecciones, ganar una guerra... sin ganar la paz? ¿Decisiva porque un estado mayor diseñe el plan A, y tenga preparado el plan B correspondiente? ¿Decisiva a golpe de maniobras de partidos, movimientos sociales, medios de comunicación, manifiestos, tribunales, campañas de propaganda? ¿Y llegando así al acto solemne, al último ritual, a la firma del tratado correspondiente? ¿Que, por lo demás, puede ser puesto en cuestión al día siguiente?

Eso es aspirar a muy poco; y esperar demasiado. Aspirar a un triunfo breve y efímero, renunciando a una paz verdadera y duradera. Y esperar demasiado de los líderes y sus estados mayores, con sus entramados de elites políticas, mediáticas y económicas. Demasiado, porque la experiencia nos dice que una victoria final forjada en torno a un proyecto de paz sólo se consigue si se logra contener la tendencia de las elites a crear y recrear, de continuo, un espacio público belicoso y desconfiado. De ellas, en general, apenas cabe esperar ni mucha amistad ni mucha conversación cívica, ni una dosis suficiente de reconciliación, inclusión, confianza mutua. Salvo que se arrepientan y cambien; lo que no es probable que lo consiga la mera exhortación moral.

1.2. Un juego de partidas simultáneas

En todo caso, entretanto, el milagro del cambio ocurre, ¿qué hacer? Cabe hacer muchas cosas, y algunas aparentemente menores que pueden ser el fundamento de otras mayores. Decía Pascal que a la fe se podía llegar practicando el modesto ritual de santiguarse con agua bendita y asistir a misa (1950 [1658-1661]: fragmento 233). Un gesto de fidelidad: de dar fe y de ofrecer un don que se convierte en hábito, actitud y creencia. Otro ritual es el de hablar con veracidad y escuchar de verdad y actuar en consecuencia. Por este camino, combinando los gestos, las palabras y los hechos, yendo de lo micro a lo macro, cabe intentar deconstruir y reconstruir el espacio público, de modo que no sea uno dominado por el duelo entre unas elites, seguidas de sus masas, sino el escenario de un juego de múltiples partidas simultáneas, en el que la sociedad, los muchos, participan, cada uno a su modo.

Jugando al ajedrez: un ritual que hace pensar, y que se basa tanto en la obsesión de prevalecer como en el deseo y la experiencia de jugar. En las partidas simultáneas del ajedrez, un protagonista, un maestro, se enfrenta con quizá una treintena de adversarios, y pasa de continuo de una mesa a otra. Les reta y les enseña. Pero imaginemos ahora dos treintenas o muchos más jugadores y observadores, que comentan y se arriesgan por su cuenta a mover ficha aquí y allí, y se comunican entre sí todo el tiempo. Y que, a la postre, se van agregando y reconstruyendo como unos pocos agentes colectivos que comparten la experiencia de jugar y respetar las reglas, y seguir jugando.

Pensando en aplicar la metáfora al espacio público europeo (y algo análogo se aplica al español), podemos imaginarlo como un escenario de múltiples partidas: el juego de elegir gobiernos, a uno u otro nivel, de decidir políticas de todo tipo, de contrastar o compartir unos y otros simbolismos, etcétera. Propongo que, para simplificar, las agrupemos y nos fijemos, aquí, en las siguientes. En primer lugar, las *partidas de la representación*, en las que nos enfrentamos con el dilema democrático, según el cual la democracia significa, bien el poder (*cratos*) *del demos,* bien el poder *sobre el demos* por parte de sus representantes, o la clase política. La cual puede empeñarse tanto en promover la democracia, compensando las limitaciones de deliberación y participación cívica de

la sociedad (Achen y Bartels, 2016), como en debilitarla, marginando la voz del sentido común y el sentido de lo común de las gentes corrientes.[2] En segundo lugar, las *partidas de las políticas sustantivas*, en especial las de *carácter económico y social*, que, de tener una dosis suficiente de éxito, proporcionan las bases habituales de la legitimidad sustancial atribuida a las democracias. Y en tercer lugar, las *partidas relativas a las formas de la política*, cuyo papel es clave tanto para resolver aquel dilema de la democracia como para asegurar su legitimidad sustancial.[3]

2. Las partidas de la representación política, y el dilema de la democracia

Como he señalado, el dilema de la democracia puede plantearse como un dilema de la clase política, oscilante entre reforzar y debilitar o degradar el papel del *demos.* Entiendo que la degradación del *demos* ocurre cuando se rompe en fragmentos, o se disgrega en un sinnúmero de átomos apenas conectados entre sí, o se reduce sustancialmente su capacidad de agencia y participación en los asuntos públicos. La degradación del *demos* supone su división, que suele lograrse de tres maneras.

La primera es mediante la división de la comunidad entre un "nosotros" que sea la propia clase política (con su lenguaje propio, con su agenda propia, con su distanciamiento del resto), y un "ellos" que sea el "pueblo soberano", al que se convierte, *de facto*, en "realmente soberano por diez minutos": el tiempo de acercarse a la mesa electoral y depositar el voto. No es mucho tiempo; aunque hay que reconocer que es mucho más de lo que ocurre en un país totalitario, en cuyo caso el tiempo se puede reducir a "los diez minutos de una manifestación pública en el marco de toda una vida"; como lo expresó un modesto electricista ferroviario, Vladimir Dremlyuga, en la plaza Roja de Moscú, con ocasión de participar en una manifestación de protesta contra la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968: "Toda mi vida consciente he querido ser un ciudadano... lo fui durante diez minutos, durante esta manifestación" (y fue detenido por ello: recogido en Berman,1982: 284).

Este testimonio nos sirve, también, para matizar el argumento, en aras de criterios de complejidad y de indeterminación. Porque la opción de las elites no está predeterminada, ni en dirección ni en grado. Pueden continuar una tendencia (o, si se quiere: no resistir la tentación de dejarse ir), pero suelen tener un margen de libertad para ello. Pueden empeñarse en promover la democracia estimulando la participación del *demos*, o en debilitar la democracia, marginando y minusvalorando la voz de aquel. A este respecto, en las últimas décadas, por ejemplo, la situación ha demostrado estar abierta a varias posibilidades. La ampliación de la Unión Europea ha podido acrecentar en muchos la sensación de que, al aumentar el ámbito territorial de sus actividades, la política europea se les hacía más lejana; pero no así en los países que accedían a la Unión; ni entre las gentes más sensibles a la proyección mundial de Europa. Los debates de los últimos años sobre el manejo de la crisis económica han podido reducir esa lejanía, al poner de manifiesto la interconexión de las economías y las políticas económicas de los diferentes países; pero también han mostrado las dificultades de un debate clarificador sobre la materia entre unos países y otros.

La segunda manera de degradar el *demos* es dividir, al tiempo, a la clase política y a la ciudadanía, o como suele decirse ahora, polarizar a la política y la sociedad. Simplificando: cada una de las (supuestas) mitades de las izquierdas y las derechas hace de la otra mitad su enemigo. Excluido del

[2] "La sabiduría de las multitudes" (Surowiecki, 2005), o "la voz de la sociedad civil" (Pérez-Díaz, 2017), o lo que los antiguos, Aristóteles en particular, podían considerar como "la virtud de la multitud" (Cammack, 2013).

[3]Obviamente hay otras partidas de gran importancia, en cuyo análisis no entro aquí, como son, por ejemplo, las de las políticas exterior y de defensa, y en general de la memoria y de la cultura vivida (y más o menos compartida) del sentido de la experiencia; sobre esto, ver Pérez-Díaz (2019b).

poder, el partido X queda descalificado, y con frecuencia demonizado. Y con ello se denigra, y se demoniza, a sus votantes, pues se les aplica el argumento de que, de dos cosas, una: o bien los votantes del partido X (quizá la mitad del país) saben lo que votan, y en este caso son malévolos, y deben ser combatidos; o bien no lo saben, y en este caso son estúpidos, emocionales, ignorantes, y deben ser despreciados. Con ellos no cabe la amistad. Hacia ellos sólo puede haber desconfianza, hostilidad, recelo, desdén, temor, antipatía: sentimientos negativos.

Aunque, una vez más, conviene matizar el argumento. Porque, como veremos en seguida, la experiencia nos dice que la división por mitades suele ser una situación límite, y la diversidad interna de cada país ha sido y es tal que se da la oportunidad, y se repite una y otra vez (y la historia europea ha sido y es testigo de ello) para que se establezcan pautas de coaliciones, de consociacionismos, de alternancias pacíficas de poder o de acercamiento de las políticas de unos y otros (también mediante terceras vías o triangulaciones: Morris, 1997).

La tercera manera es dividir a la sociedad reforzando la dispersión de grupos de interés (*lobbies* y gremios, por ejemplo) y grupos de identidad (por etnias, por ejemplo) lo más posible, al tiempo que se promueve en todos ellos una cultura de "qué hay de lo mío", *chacun pour soi*. Es decir, reforzando la tendencia de cada grupo o segmento social a afirmarse a sí mismo en un mundo incierto, con cada cual centrado en su propio interés, más o menos "bien entendido". Tal vez pensando que los demás les son ajenos y extraños e incluso potencialmente hostiles, y están dispuestos a explotarles, dominarles, menospreciarles o ignorarles. Y en consecuencia, que cada uno debe tener siempre presente y estar preparado para el peor escenario de una "lucha a muerte por el puro prestigio" (Kojève, 1969 [1947]).

Aunque, de nuevo, el argumento requiere ser matizado. Porque si la lucha por el reconocimiento se prolonga en el tiempo, suele pasar por diversos avatares, y las identidades pueden cambiar, o hacerse más complejas, o convertirse en identidades híbridas y mutables. Y hay que tener en cuenta que, cuanto más complejas se hacen las identidades porque se viva con varias identidades a la vez y/o a lo largo del tiempo, tanto más pueda diluirse aquel sentimiento de amenaza.

La experiencia histórica, en primer lugar, la europea, nos dice que se suelen curar o medio curar o paliar esos procesos de debilidad o degradación del *demos*, haciendo varias cosas, entre las que se incluye el uso de rituales y palabras a los que se atribuye un poder mágico, religioso o cripto-religioso: himnos, banderas, victorias deportivas, desfiles, discursos desde púlpitos o tribunas, fuegos artificiales, o simplemente fuegos o incendios en las calles, como expresiones de un afán de empoderamiento. Pero ahora quiero fijarme en la manera más sencilla y con frecuencia más eficaz, que consiste en tratar esos procesos por el procedimiento de comprometerse con políticas públicas sustantivas: con un hacer práctico que recomponga, o medio recomponga, el *demos* fragmentado.

3. Partidas socioeconómicas básicas: una senda de relativa moderación, y complejidad

Entre las políticas sustantivas básicas se incluyen las políticas económicas y sociales (y otras, como la política exterior y de defensa, y las de carácter cultural, en las que no entro). Su importancia ha sido y es primordial a la hora de resolver, o manejar, el dilema de la democracia, y en ellas se ha fundado, y se funda, gran parte de la legitimidad sustancial atribuida al sistema democrático, a escala nacional y europea, durante las últimas décadas. Gracias a que los políticos, y el conjunto de la ciudadanía, han seguido, a largo plazo, una senda de moderación o de prudencia en esta materia, aunque con zigzags y desvíos notorios, y momentos muy críticos. Así ha sido a pesar del ruido y la furia de los conflictos y las movilizaciones sociales, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX; y así ha

sido en particular a lo largo de los casi tres cuartos de siglo transcurridos desde el final de la segunda gran guerra.

En este terreno, el debate público se ha solido plantear en un contexto significativo, que era lo que le dotaba de sentido a los ojos de las gentes, el cual suponía establecer una *conexión sustancial* entre políticas económicas y sociales. Una conexión ampliamente percibida. Porque, por mucho que los líderes y los intelectuales de las derechas hayan podido obstinarse en enfatizar los temas económicos y los de las izquierdas, las políticas sociales, la mayoría de la gente ha solido tener en cuenta *las dos temáticas a la vez*. En el entendimiento de que no hay forma de hacer política económica sin ligar la economía a las cuestiones de supervivencia y seguridad jurídica, igualdad, y cohesión social. Economía de mercado y estado de bienestar (o más bien, el sistema mixto de estado, familias y asociaciones que conocemos en Europa) vienen juntos. Íntimamente conectados a los ojos de las gentes, y tanto más cuando no se dejan llevar de arrebatos, sino guiar por el sentido común. El cual les dice que, para repartir algo, tiene que haber algo que repartir, porque se haya producido antes; o que, para acceder al empleo, tiene que haber oportunidades de empleo. Y es preferible que haya más oportunidades que menos, a corto y a largo plazo; y preferible que se les ofrezcan en condiciones de más que de menos libertad para ellos.

Incluso embarcada en una campaña electoral emocional, la sociedad tiende a no ser tan unilateral, o si se quiere tan neurótica y obsesiva, como para olvidarse de la doble temática. Es como si, puestos incluso a dejarse contagiar de un cierto desvarío, la mayoría de los ciudadanos prefiera una forma benigna de bipolaridad, mientras sospecha que el clima de bipolaridad política y mediática que le rodea tiene un toque de postureo, quizá incluso de marrullería.

Al final, la mayoría suele votar a izquierdas o derechas, pero vota comprometiéndose con sus programas "sólo hasta cierto punto" (y sin perder del todo de vista una alternativa de centro, rebautizado como centro-derecha o centro-izquierda o centro-centro). El hecho es que aunque los políticos (y sus entornos) de izquierdas y derechas se suelan obstinar en polarizar la sociedad, la sociedad se les resiste, aunque no siempre con éxito. Y a su manera, un poco desconfiada de sí misma, la sociedad persiste en enviar mensajes de relativo equilibrio, con "gritos o susurros", con sus votos y con su vida cotidiana, mientras intenta adaptarse a lo que va ocurriendo.

De este modo, un tanto a la manera discreta y barroca de Gracián más que a la manera de las ideas claras y distintas de Descartes (por no hablar de la Ilustración), con un módico de deliberación y un mucho de improvisación y reacción a los acontecimientos, la mayoría de los europeos han dado muestras reiteradas de preferir el capitalismo o la economía de mercado como un bien en sí mismo o como un mal menor comparado con sus alternativas, de las que muchos europeos tuvieron una larga e intensa experiencia (aunque quizá algo desdibujada en la imaginación de las generaciones siguientes). "Bien en sí mismo", en sus mejores momentos, y "mal menor", en sus momentos menos brillantes. Pero, *second best* o *lesser evil*, esa preferencia se sitúa en un contexto significativo que engloba tanto a las políticas económicas como a las sociales, incluyendo los temas de la justicia, la desigualdad y la protección de los débiles y vulnerables.

La Europa (al menos la occidental) de estos últimos setenta años ha sido el escenario de ese proceso de compromisos, ajustes y reparaciones; en definitiva, de tanteos de soluciones a unas necesidades económicas y sociales de los electores que éstos percibían como interconectadas. Ello ha sido así a lo largo de varias fases. Con una fase de estabilidad relativa de varias décadas (de los cuarenta a los setenta del siglo pasado), protagonizada por la democracia cristiana y la socialdemocracia, y sus variantes. Y luego, otra fase algo más agitada, también de décadas de duración, con su alternancia de liberal-conservadores y socialdemócratas. Cada país europeo ha ido recorriendo esa senda, y

siguiendo ese rumbo con fortuna variable, pero, en conjunto, de manera relativamente aceptada por la mayor parte de la ciudadanía; y muchos han creído encontrar la plena justificación de esa senda viendo lo que ocurría en el mundo exterior: a la vista de la implosión del sistema colectivista y autoritario de la Unión Soviética, y de la mutación de China hacia el llamado socialismo de mercado.

Así se han ido haciendo las cosas en el conjunto de Occidente y mirando al largo plazo, aplicando un arte de la política que ha solido consistir en una mezcla de rumbo y de improvisación y acomodación a las circunstancias, tanto de las gentes corrientes como de los políticos (Dunn, 1989: 190). Política, por tanto, meritoria, pero limitada: ni alta política de elites, ni política plenamente participada por la sociedad. Pero la distancia crítica no debe oscurecer los motivos de elogio. Tal vez sin grandes visiones de estado, la política ha fomentado o permitido que en muchos temas básicos (hambre, enfermedades, mortalidad infantil, longevidad, instrucción, transporte, comunicaciones, tiempo libre, higiene pública...) las aguas hayan ido subiendo de alguna forma para todos, se hayan evitado al menos en las últimas décadas las grandes guerras y los triunfos de los sistemas totalitarios parezcan haberse apagado, y, para muchos, se mantenga la referencia ideal a una cultura de razón y de libertad, de tolerancia y de voces diversas, y una cultura de cuidado por los demás.

Es decir, con todos sus límites, las sociedades europeas parecen haber funcionado con bastante éxito, en muchos terrenos, al menos hasta ahora. Por el momento (y, por utilizar el símil de un ensayo anterior: "Europa como Ícaro o como Dédalo": Pérez-Díaz 2019a), Dédalo ha continuado su vuelo, aunque quizá más rasante y azaroso de lo que quisiera reconocer.

4. Las formas de la política, y la civilización de los conflictos mediante la escucha mutua: los retos populistas

4.1. Los límites de la polarización entre europeístas y nacionalistas

La realidad se nos resiste, y se resiste a las pretensiones de "la omnipotencia de las ideas": de los niños, de los visionarios, de algunos postmodernos o de los animistas primitivos (Freud, 1981 [1913]). Porque podemos transformar la realidad, sí, pero lo haremos mejor si entendemos su resistencia; y que lo haremos laboriosamente y hasta cierto punto, y sólo tras reconocer su peso, su forma y su propia lógica. Pues bien, la realidad europea, la Europa que conocemos hoy, es la de una Europa de naciones, y el europeísmo es un europeísmo de gentes que, por lo general, se sienten parte de naciones diferenciadas. Ello ha sido así a lo largo de setenta años de "construcción europea" ¿O más bien de setecientos años? ¿O de mil cuatrocientos, con las mutaciones correspondientes? Naciones vistas a distancia (por Singh por ejemplo, desde la lejana India: ver antes) como implicadas de continuo en una guerra interminable, de siglos y siglos. Tal vez hartas de destruirse entre sí; tal vez nostálgicas de imperios perdidos; tal vez buscando el reconocimiento de las otras naciones. Una construcción europea que sigue haciéndose sobre la base de un continuo acuerdo y forcejeo entre naciones o naciones-estados; y así sigue ocurriendo aun cuando podamos centrar el foco de nuestra atención en la contraposición entre los segmentos sociales que se suelen considerar a sí mismos como europeístas y/o globalistas.

Así ha sido y así es en la experiencia de la inmensa mayoría de las empresas, cuyo mercado local es crucial para ellas, y cuyo acceso al poder político se concreta, sobre todo, en el acceso a la influencia de los políticos locales. Para las elites culturales, obsesionadas con el control de su mercado cultural y lingüístico, sobre todo local. Para los políticos, que visitan Bruselas, pero la mayoría de los cuales centra su vida política en torno a la capital local. Para las gentes corrientes, que se pueden sentir más o menos europeas, pero en cuyo imaginario y en cuyo mundo emocional, por lo general, el país o la nación desempeña un papel inmensamente superior al de sus experiencias cosmopolitas. Y en

general para todas aquellas gentes, numerosas, para quienes probablemente el mundo se despojaría de sentido en el momento en que hubieran de verlo, y de sentirlo, una vez perdida su propia identidad nacional (Manent, 2006: 10). Y se vieran, ellos, "ciudadanos del mundo", como se sintió Stefan Zweig (1984 [1944]: 478-481) en un momento límite de su vida: europeo y cosmopolita enfrentado de repente a un mundo poco menos que inaccesible e irreconocible; sin tierra bajo sus pies justo cuando esa tierra le era más necesaria. Negar esos arraigos, esas formas de vida, es negar lo que ahora sigue siendo, para la gran mayoría, probablemente la inmensa mayoría, obvio, y por obvio, tácito. Por ahora. Un ahora que muy bien puede durar... algunos siglos más.

En estas circunstancias, poner orden en los asuntos europeos, en la democracia europea, implica ponerlo al tiempo en el propio país. Comenzar por resolver los problemas de aquí y ahora, mientras se atiende a un conjunto europeo cuyas partes están cada vez más imbricadas entre sí, pero siguen ajustadas menos que a medias.

Tarea compleja y más aún en un momento tan turbulento como el actual. Pero lo inquietante puede ser estimulante. Un estímulo para aprender nuevas y mejores maneras de entender y manejar la diversidad europea. A condición de que la diversidad no se convierta en discordia. Y para ello, conviene construir un espacio público basado en la premisa de *escuchar* al adversario, y discernir la razón, y la sinrazón, de sus propuestas. Y de las nuestras.

4.2. Escuchando lo que los adversarios dicen, y lo que quieren decir

He aquí algunas ilustraciones de lo que puede ser este escuchar a los otros en medio del ruido y la furia de la vida política actual. Una escucha, tratando de entender lo que dicen, y lo que quieren decir, y siendo sensibles a la sustancia y la retórica de la discusión. Por ejemplo, la escucha mutua entre los europeístas o globalistas y los nacionalistas o populistas. A los primeros se les suele suponer que razonan más, lo que debería implicar que escuchan más. A los populistas o los nacionalistas se les suele caracterizar como gentes emocionales, propensas a indignarse; mientras que los populistas o nacionalistas suelen verse a sí mismos como llenos de sentido común, y a sus oponentes, como dominados por sus propias pasiones, en este caso, de soberbia o prepotencia.

Sugiero que la mejor manera de escucharse unos a otros (tarea de décadas...) de manera propicia para una estrategia orientada a ganar una paz duradera, es que todos intenten comprender la posición ajena. Aquí abordo el tema mirando, sobre todo, desde el lado de los europeístas o globalistas hacia el lado de los populistas y nacionalistas; y dejo para otra ocasión la mirada en el sentido inverso. Introduzco dos cautelas: primera, la voz de los populismos o los nacionalismos no es sólo la voz de sus líderes sino también la de sus bases sociales; y segunda, el contenido de su voz no es sólo lo que dice, sino, también, insisto, lo que quiere decir (Davidson, 2006).

Lo que dicen sus líderes puede responder, o no, a una gran estrategia de ruptura de la Unión Europea; o a un mercantilismo que aunque populista, en realidad, recuerda la mentalidad de quienes protagonizaron la combinación de *trade and war* de hace tres siglos, clave en la formación de la economía política y el sistema político parlamentario modernos (Hont, 2005). Pero las bases sociales pueden decir, y querer decir, además, otras cosas; y expresar a su modo, y en razón de su propia experiencia, un deseo de vivir tranquilos y sin delincuencia alrededor, de ir por libre sin sentirse manipulados por elites lejanas, de tener un grado de reconocimiento social y de oportunidad económica, etcétera. Que las elites globalistas se obsesionen con lo que dicen los representantes de los electorados populistas puede ser normal, en el sentido de que les perciben como sus competidores por el poder; pero al hacerlo descuidan la voz de las bases sociales de esos líderes populistas. Ese descuido reduce su capacidad tanto para combatirlos en buena lid como para

incluirlos en la comunidad política, y pone de relieve las limitaciones de su propia estrategia.

Por ejemplo, muchos europeístas y globalistas ven el Brexit como una locura colectiva de la mitad de los británicos, que dicen querer recobrar el control de su destino. Quizá con ello pierdan "el tren del futuro". Pero quizá esa mitad tenga alguna "razón del corazón", como diría Pascal (fragmento 277). Quizá su posición tenga alguna razón de ser, y esté anclada en el presente y el pasado de lo que perciben como su vida diaria, sus recuerdos y su identidad. Una razón de ser enraizada en la experiencia de una *Old England* que se resiste a desaparecer, y es más importante de lo que parecía en el imaginario colectivo (al menos el de las elites), y rehúsa convertirse en objeto de una "elegía fúnebre" (Scruton, 2006). Quizá sigue aquí pendiente hacer un ejercicio de comprensión mutua por la que los globalistas entiendan mejor a los localistas de hoy, y viceversa; tanto más si se tiene en cuenta que todos vienen a ser los hijos y los nietos de la Gran Bretaña que reinaba sobre los mares, ayer.

Otro ejemplo. Bastantes observadores han visto como una aberración la alianza de los populismos de izquierda y de derecha en Italia en tiempos recientes. Pero debería dar que pensar por qué, en este caso, los extremos se tocan, y Cinco Estrellas y la Liga, por ejemplo, han coexistido (un tiempo para algunos efímero, pero creo que relevante) como afines y rivales, exhibiendo una elaborada mezcla de *finezza* y *doppiezza*, de finura y doblez, para manejar juntos el poder, y mantener, a su modo, la misma curiosa trayectoria de ir tirando, fiel a una tradición ancestral, perfeccionada por los grandes partidos; lo que casi siempre ha hecho el país y casi le parece, en momentos entre sabios y melancólicos, su orden natural. Añadiendo un toque expresivo que parece haber ido a más.

Tal vez es un ejemplo más que nos indica que derechas e izquierdas pueden no ser tan opuestas como se dice, ni cuando se mira al centro, al centro-derecha y al centro-izquierda, tantas veces combinados, ni cuando se mira a los extremos. Esto se sabía por lo menos desde el tiempo en que una parte muy importante de la clase obrera francesa dejó de votar izquierda (comunistas y socialistas) para votar a Jean-Marie y Marine Le Pen; y quizá se sabía desde que los dos totalitarismos, el nazi y el soviético, se aliaron para repartirse Polonia, y dejarse el uno al otro las manos libres para sus respectivas políticas de expansión. Rompiendo, con todo ello, la lectura políticamente correcta, y tradicional, de los espacios consagrados de la izquierda y la derecha.[4]

Todo ello sugiere la conveniencia de repensar caso a caso la constelación de realidades tangibles, instituciones y políticas sustantivas, y de simbolismos políticos que tengamos delante. Haciendo esto, nos encontramos con variedades de países que (como ocurre en los ejemplos de Francia e Italia), tienen reflejos identitarios distintos y recurrentes; y reticencias persistentes (y con modalidades diferentes: liberales, neocorporatistas, clientelistas, estatistas...) frente al capitalismo al modo anglosajón, y relaciones ambiguas con la clase política de turno. La conclusión es que, para entender mejor la situación, hay que repensar la estructura y la cultura país a país, y aunque se amplíe, como se debe, la perspectiva histórica, fijarse más en los detalles y las formas de la experiencia específica en cuestión.

Por su parte, los países de la Europa del Este son vistos hoy, con frecuencia, como europeos dudosos, dominados por populistas irredentos. Pero quizá hay que esforzarse por entenderlos, al menos en parte, como países que apenas acaban de emerger de una situación de dependencia secular, y en particular de una opresión cuasi-colonial de más de medio siglo a manos de la Unión Soviética (Rupnik, 2019). Por no hablar de que fueron invadidos por tropas imperiales de toda

[4]Y a tener en cuenta que la historia, en realidad, de esta confusión de géneros se remonta a mucho antes; ver Pérez-Díaz (2008).

índole, antes, repetidas veces; por lo pronto, Polonia, que lo fue por dos países centro-europeos, Austria y Prusia, y por Rusia, quienes la trocearon y se la repartieron: cristianos ellos, de varios ritos, e ilustrados y modernizantes todos, de una forma u otra. Y cayeron en la órbita de la Unión Soviética, con la aquiescencia expresa de las democracias occidentales. Quizá haya que tener en cuenta esos traumas del pasado, y que, como consecuencia, los países de Europa del Este crean necesario afirmar su autogobierno, habiendo interpretado su entrada en la Unión Europea como un respaldo a su independencia recién recobrada, y no como un paso hacia su pérdida.

La cuestión fundamental es ésta. Si se pretende combatir a los populismos hay que empezar por combatir el componente airado de los populismos, que amenaza con la ruptura de la comunidad política; pero, en este caso, hay que combatir ese componente airado tanto en "ellos" como en "nosotros". De aquí la importancia de una senda de moderación, al mismo tiempo, en los contenidos de la política y, sobre todo, en las formas de la política. Y de aquí, también, que sea una contradicción interna del globalismo y el europeísmo la de adoptar una actitud airada y beligerante hacia el populismo, y excluirlo; porque eso es imitarle y reforzarle, y reforzar en la sociedad una polarización contraria a la persistencia, y la mejora, de la comunidad política y de la democracia.

Insisto, para evitar un posible malentendido: no estoy diciendo que los nacionalismos y populismos del momento tengan "la" razón frente a sus oponentes globalistas y europeístas; ni que aporten "las" respuestas satisfactorias a los problemas en curso de Europa, o de los diferentes países. Y no digo tal cosa, por razones básicas (que he hecho explícitas al comienzo de este ensayo), que conciernen al manejo del dilema de la democracia y a su legitimidad sustancial. A saber: porque un componente muy importante de los populismos actuales es su impulso a una mayor división de la comunidad y, al tiempo, a una reducción drástica, iliberal, de su diversidad interna; así como su impulso a un manejo imprudente de las políticas públicas socioeconómicas; y a unas formas belicosas y simplistas que hacen imposible una conversación razonada y una sociedad reconciliada.

Esto dicho, también añado que, en una gran estrategia a largo plazo de construir Europa como un espacio de paz, y al tiempo de "hacer país", hay que distanciarse del ruido y la furia del debate actual, para discernir en las propuestas de *todos* el núcleo razonable que puedan tener. En un debate que va a durar mucho tiempo, se trata de comprender las razones de la posición opuesta; lo que aquí sólo he esbozado y de manera parcial, mirando a las posiciones de los populistas. Hay que evitar que el debate se convierta en un cruce de descalificaciones, y aboque a una escalada a los extremos (Girard, 2007), y propiciar, en cambio, una conversación entre las diversas narrativas con vistas a integrar las varias Europas de las que se compone Europa. De la que, por lo demás, la Unión Europea es una parte sustancial, pero no el todo: la Gran Bretaña sigue y seguirá siendo parte, crucial, de Europa, como lo es Noruega, como lo es Suiza...

¿Y España? España tiene sus populismos de rigor: tres, si atendemos a los nacionalismos periféricos, para que nada falte. Que quizá nos desequilibrarán más; o quizá no tanto. Que quizá echen a perder el equilibrio institucional y de políticas públicas de estos tiempos, con sus tantos méritos y sus tantos límites; o quizá no. Quizá no, porque, al tratar de entenderlos y manejarlos, tenemos la oportunidad de comprender la fragilidad de ese equilibrio institucional, y la cortedad de las políticas públicas. En cuyo caso, al tomar conciencia tanto de la vulnerabilidad del sistema como de los límites de la experiencia política de la ciudadanía y de la clase política españolas, a la vista de lo que una y otra han ido haciendo a lo largo de varias décadas, se podría dar el paso siguiente.

4.3. Los retos populistas y la ambigüedad de los procesos históricos

El paso siguiente consiste en comprender que la solución a los dilemas actuales de la democracia no es excluir a tales populismos, de izquierdas y derechas, y lanzarlos a las tinieblas exteriores, y diseñar cordones sanitarios en torno a ellos; sino explorar una estrategia mixta, de resistirse a ellos y de encauzarlos, o, como se decía en los años de compromiso y *modus vivendi* de los noventa del siglo pasado, intentar triangularlos. Puestos a imaginar escenarios posibles, quizá descubramos que están encantados de triangularse ellos mismos, y acercarse a la corriente principal de la clase política. Convertirse en partidos respetables, entrar en coaliciones y participar en el gobierno de lo que hay o de lo que va habiendo, a la primera oportunidad; y pasar así de una poética revolución cultural a una prosaica administración de las cosas, sin perder por el camino lo que imaginan ser sus mejores impulsos, o dejando su realización para un momento propicio en un horizonte indefinido; y, entretanto, alternar abrazos con reproches.

O sea que sí: que los populistas pueden apostar por la rebeldía, por vivir intensamente y dejarse llevar de la inspiración, y por subvertir las instituciones a la manera de los leninistas y fascistas de antaño, entrando en ellas. Pero también pueden preferir pasar por experiencias similares a las de los jóvenes *gauchistes* de mayo de1968, que, como todos sabemos, "no perdieron el norte", y, para empezar, ni siquiera perdieron las vacaciones del verano de aquel año; ni, menos aún, la oportunidad de una "larga marcha por las instituciones" (un simulacro de la "larga marcha" del maoísmo original, que ha desembocado... en la China actual). Aquella marcha a través de las instituciones les convirtió en clases medias respetables y en líderes políticos, económicos, sociales y culturales, llegado el momento. Es decir, de facto (y es lógico que para ellos la praxis prevalezca sobre la mera teoría) apostaron por una trayectoria ambigua, a la que podemos aplicar los términos de cooptación y domesticación y traición de ideales, pero también los de maduración e inculturación, dependiendo del desarrollo de los acontecimientos y el destino final, que se redefine continuamente (Waelhens, 1951).

Puestos a elucubrar y a efectos de provocar la discusión, cabría sacarla del contexto habitual, y considerar los rasgos comunes de la estrategias de adaptación al mundo con el objetivo de cambiarle en las direcciones más diversas. Cabría así, por ejemplo, comparar, y contraponer, la gran estrategia de cambiar el mundo adaptándose a él de estos populistas secularistas postmodernos de nuestro entorno actual, y la gran estrategia de conversión de los infieles por parte de testigos tan destacados de nuestra primera modernidad como lo fueron los misioneros jesuitas, como Matteo Ricci, en la corte imperial china de los Ming (Fontana, 2017). Ricci se empeñó en hacerse como los chinos para convertir a los chinos; aceptando, en el camino, transformarse a sí mismo, al hacer suya la misma, o semejante, llamada a la amistad; incluyendo los ritos de respeto a los antepasados, como muestra de respeto y expresión de un profundo sentimiento de comunidad de las generaciones en el tiempo; aproximando en lo posible su propia visión de la divinidad a la que los chinos pudieran, más o menos confusamente, tener. Claro es que muchos correligionarios le tildaron, y les tildaron a los jesuitas, por ello, del equivalente de la cooptación y el oportunismo; pero, para otros, para nosotros, por ejemplo, se trata más bien de un proceso fascinante, precisamente, de maduración e inculturación.

Mutatis mutandis, cabe preguntarse si los populistas (de izquierdas) de hoy podrían clarificar la ambigüedad de su propia trayectoria, como consecuencia de un proceso de escucha mutua, de imitación incluso, entre ellos mismos y sus adversarios, como lo hicieron los rebeldes del 68. Como postmarxistas o como postmaoístas, los rebeldes actuales seguirían los pasos de sus mayores. Si los mayores se fueron integrando con los social-demócratas del momento, los jóvenes tienen la oportunidad de apostar por los post-maoístas chinos de hoy y su mezcla de capitalismo y socialismo.

El abanico de motivaciones, formas de actuación y desenlaces posibles es, pues, muy amplio. El mundo de las percepciones confusas se hace más confuso, y, con todo ello, va prevaleciendo, en el imaginario colectivo, la sensación de que estamos ante un escenario que cambia de continuo, y en el que conviene estar atentos y a la escucha.

Aún les cuesta hacerlo, pero en esas condiciones parece probable que elites y ciudadanos vayan pasando de su obsesión con la foto fija de unas elecciones (una noticia, una quiebra, un escándalo, un atentado, un gano-o-pierdo aquí y ahora) al entendimiento de la política como una película, un *proceso* que se desarrolla en el tiempo. Con ello podría venir un proceso de aprendizajes, aunque fuera a medias. Aprendizajes que con frecuencia se olvidarían, pero podrían volverse a recordar; especialmente a la vista de tantas experiencias acumuladas de aciertos y equivocaciones. Un aprender hecho de escuchas mutuas, en todas las direcciones.

Por ejemplo, los globalistas y europeístas pueden escuchar y aprender de los populistas y nacionalistas (al menos antes de que se quieran imponer unos a otros un cordón sanitario: cuando todavía están en sus cabales) cosas muy sencillas. Pueden escuchar lo que les "quieren decir", con su retórica un tanto excesiva, y ponderar hasta qué punto quieren decir algo más o menos parecido a (y tan comprensible como) esto: "Nos sentimos perdidos en un sistema económico difícil de entender y con una deriva oligárquica muy pronunciada; en un sistema político sesgado por la partitocracia, y el *agitprop* permanente de medios demasiado sectarios; en un sistema social que nos invita a triunfar cada uno a su manera, desafiando al mundo, y al final nos atomiza en sumo grado o nos ofrece un refugio minimalista; y en una cultura del *me first/us first* ("yo ante todo/nosotros ante todo"), que en parte satisface mi/nuestro narcisismo, pero en parte significa un aprender continuo que por definición implica un desaprender buena parte (¿la mejor parte?) de lo que acabo/acabamos de aprender, y todo para desembocar en una suerte de torre de Babel".

Conclusión

De modo que si los populistas no tienen las respuestas, al menos tienen preguntas relevantes. Y si su peculiar versión de la "sabiduría de las multitudes" (como diría Aristóteles) no nos conduce muy lejos, siempre puede ofrecernos materia de reflexión, y una pausa útil para pensar.

En esa pausa, los globalistas y los europeístas pueden aprovechar la presencia de los populistas para preguntarse por su propia manera de funcionar, y particularmente por la posibilidad de que el problema de la polarización que imputan a los extremos no se deba tanto a que los extremos estén ahí, sino a que "los centros", entre ellos, se puedan odiar tanto. Un odio que, a su vez, alienta en los populismos lo peor de sí mismos.

De aquí que, puestos a tener en cuenta malos escenarios, haya que contemplar la posibilidad de que la inercia de las instituciones y los imaginarios al uso, combinados con la voluntad de dominación de unos y la complicidad de otros y la dejadez de unos terceros, aboquen a la mezcla habitual de polarizaciones belicosas que, a la larga, vacían a los compromisos de sentido. Y así releguen los sueños de saber y aprender juntos (y de reconocer, de paso, que ni se sabe tanto ni se aprende tanto) a la condición de meros sueños.

Éste es todavía un buen momento para aprender de todos. Incluso, quizá, de alguna manera, para aprender de los chinos, en su mejor versión...; y en especial "aprender de quienes quisieron aprender" de los chinos antiguos, como Matteo Ricci, y ello, entre otras razones, por la de poder, de este modo, enseñarles algo. Una experiencia curiosa la del encuentro del tanto saber de unos y de

otros, mandarines confucianos y jesuitas, ilustrados benévolos (como diría Leibniz) *sui generis* de sus civilizaciones respectivas. Un encuentro quizá posible porque empezaron a sospechar que *ninguno* de ellos sabía tanto. Lo cual puede servir de contrapunto, toque de atención, y quizá inspiración, a las elites de la Europa de hoy, tan afanosas por formular su proyecto en el mundo.

Toque de atención tanto más necesario cuanto que "el peor escenario" no debe nunca descartarse: el de una crisis masiva e inesperada, un "cisne negro", una guerra, una pandemia, por ejemplo, que trajeran consigo la regresión de las gentes a un estado de pánico y manipulación y ofuscación.

Bibliografía

Achen, Christopher y Larry Martels. 2016. *Democracy for Realists: Why Elections Do Not Produce Responsive Government.* Princeton: Princeton University Press.

Berman, Marshall. 1982. *All that is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity*. Londres: Verso.

Cammack, Daniela. 2013. "Aristotle on the Virtue of the Multitude", *Political Theory*, 41, 2: 175-202.

Davidson, Donald. 2006. *The Essential Davidson*. Oxford: Oxford University Press.

Dunn, John. 1989. "Conclusion", en Donald B. Cruise O'Brien, John Dunn y Richard Rathbone, eds., *Contemporary West African States*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 181-193.

Fontana, Michela. 2017. *Matteo Ricci: un jesuita en la corte de los Ming*. Bilbao: Ediciones Mensajero.

Freud, Sigmund. 1981 [1913]. *Totem y Tabú.* Trad. Luis López-Ballesteros. Madrid: Alianza.

Girard, René. 2007. *Achever Clausewitz: Entretiens avec Benoît Chantre.* París: Carnets Nord.

Hont, Istvan. 2005. *Jealousy of Trade: International competition and the nation-state in historical perspective*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Kojève, Alexander. 1969 [1947]. *Introduction to the reading of Hegel*. Trad. James H. Nichols, Jr. Nueva York: Basic Books.

Liddell Hart, Sir Basil. 2015 [1954]. *Stratégie.* Trad. Lucien Poirier. París: Perrin.

Manent, Pierre. 2006. *La raison des nations: Réflexions sur la démocratie en Europe.* París. Gallimard.

Morris, Dick. 1997. *Behind the Oval Office*. Nueva York: Random House.

Pascal, Blaise. 1950 (1658-1661). *Pensées*. Edición de Léo Brunchsvicg. París: Hachette.

Pérez-Díaz, Víctor. 2008. *El malestar de la democracia.* Barcelona: Crítica.

Pérez-Díaz, Víctor. 2017. *La voz de la sociedad ante la crisis.* Madrid: Funcas.

Pérez-Díaz, Víctor. 2019a. "Europa como Ícaro o como Dédalo, con alas de cera: más allá de la polarización y tiempos de aprendizaje", *ASP Research Papers*, 118(a)/2019.

Pérez-Díaz, Víctor. 2019b. “Un proyecto proustiano para Europa: explorando un futuro posible*”, ASP Research Papers*, 119(a)/2019.

Rupnik, Jacques. 2019. “Est-Ouest, realité et relativité d’un clivage”. *Notre Europe / Institut Jacques Delors*. Marzo.

Scruton, Roger. 2006. *England: An Elegy*. Londres: Continuum.

Singh, Karan. 2008. “Europa y la India: Identidades en tiempos globales”, en Liz Mohn, Brigitte Mohn y Johannes Meier, coords., *Valores: Factores esenciales de cohesión social*. Trad. Celer Pawlowsky. Barcelona: Fundación Bertelsmann, pp. 89-103.

Skinner, Quentin. 2002. *Visions of Politics. Volume 2: Renaissance Virtues.* Cambridge: Cambridge University Press.

Surowiecki, James. 2005. *The wisdom of crowds*. Nueva York: Anchor Books.

Thompson O.P., Augustine. 2005. *Cities of God: The religion of the Italian Communes, 1125-1325*. University Park, P.A.: Penn State Press.

Waelhens, Alphonse de. 1951. “Una filosofía de la ambigüedad”, en Maurice Merleau-Ponty, *La estructura del comportamiento*. Trad. Enrique Alfonso. Buenos Aires: Librería Hachette, pp. 7-18.

Zweig, Stefan. 1982 (1944). *Le Monde d´hier: Souvenirs d’un Européen*. Trad. Serge Niémetz. París: Belfond.

ASP Research Papers

Últimos números publicados

119(a) 2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Un proyecto proustiano para Europa: explorando un futuro posible

118(a) 2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Europa como Ícaro o como Dédalo, con alas de cera: más allá de la polarización y tiempos de aprendizaje

117(a)/2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Europa entre el compromiso y la polarización: un debate en curso

116(a)/2018 **Joaquín P. López Novo**, El capitalismo financiarizado y la cultura del autoempoderamiento del individuo

115(b)/2018 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Moral culture and innovation in Europe

114(a)/2018 **Víctor Pérez-Díaz**, Formas políticas frágiles: la doble dualidad democrática y el buen sentido ciudadano

113(a)/2017 **Juan Carlos Rodríguez**, El desafío independentista: sociedad y política en la Cataluña actual

112(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The voice of the society and the crisis: potential and limits of reflexivity and civility

111(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, The future of work: new workers, new citizens

110(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The sleep of reason produces monsters: on the subject of civic demands and capacities today

109(a)/2015 **Joaquín Pedro López Novo**, El camino abandonado: una reflexión sobre el declive de la visión humanista de la empresa

108(a)/2014 **María García**, Fundamentos de una sociedad civil según Víctor Pérez-Díaz

107(a)/2013 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La crisis de las cajas de ahorros y su alejamiento del modelo tradicional

106(a)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, Maestros y discípulos

105(b)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, A ‘natural order of things’: the Euro crisis and the European demos

104(b)/2011 **Víctor Pérez-Díaz**, The avatars of advanced modernity: the risk that civil society in advanced modernity becomes an oligarchical city

103(a)/2011 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Cultura moral e innovación productiva en Europa

102(b)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, **Elisa Chuliá**, **Joaquín P. López Novo y Berta Álvarez-Miranda**, Catholicism, social values and the welfare system in Spain

101(a)/2010 **Joaquín P. López Novo**, Expansión del yo y transformación personal: el florecimiento de la cultura de la transformación personal en la sociedad actual

100(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, La cultura de la ciencia y la convergencia de España con los países avanzados

99(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La travesía del desierto

98(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Tiempos de desorden y espíritu cívico: el lado de la sociedad

97(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, El malestar de la democracia aquí y ahora: el lado de la clase política

96(a)/2009 **Juan Jesús Fernández** y **Juan Carlos Rodríguez**, Los orígenes del fracaso escolar en España: un estudio empírico

95(a)/2009 **Elisa J. Sánchez Pérez**, La participación electoral en España e Italia y su interpretación desde la perspectiva del capital social

94(a)/2009 **Berta Álvarez-Miranda**, La diversidad de los inmigrantes musulmanes en Europa

93(a)/2009 **Izabela Barlinska**, Fluctuaciones de la confianza en tiempos de globalización y de transiciones socio-políticas

92(a)/2009 **Joaquín P. López Novo**, Laicidad y laicismos en España: ¿qué España laica?

91(a)/2009 **Benjamín García Sanz,** Agricultura y vida rural

90(a)/2009 **Evelyne López-Campillo**, En torno al casticismo de Europa

89(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Modernidades confusas y círculos de solidaridad

87(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Jesús Fernández**, Las relaciones entre la confianza y el asociacionismo en la generación de capital social: observaciones sobre la experiencia latinoamericana

86(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Berta Álvarez-Miranda**, Observaciones acerca de un plan de actuación sobre la inmigración en la Comunidad de Madrid

85(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Spain's religion at the crossroads

85(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, La religión española en un cruce de caminos: comprendiendo la religión como una cuestión de contexto y de narrativa

84(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Joaquín P. López Novo**, El reto de las elites filantrópicas en España

83(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, The voices of civil societies

82(a)/2008 **Juan Carlos Rodríguez**, La religiosidad de los españoles y la Iglesia Católica: unos datos y una hipótesis

81(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Horizonte y dilemas de la filantropía

80(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La energía nuclear y la opinión pública en España

79(a)/2008 **Juan Carlos Rodríguez**, Discusión pública y reticencias sociales acerca de las infraestructuras energéticas

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.
Comandante Fortea, 3 - 12º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 91 5414746 • e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.

Comandante Fortea, 3 - 12 º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 915414746 · e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com